

DOMINGO III DE PASCUA (CICLO A)

El domingo III de Pascua no tiene ningún calificativo especial, sino que pertenece a la Cincuentena Pascual. La riqueza de sus lecturas es muy considerable; vamos a exponer el contenido de cada una de ellas.

La Primera lectura es de los Hechos de los Apóstoles, 2, 14. 22-33

La comunidad cristiana se forma, en efecto, a partir de la predicación kerigmática de Pedro acerca de Jesús, cumplimiento de las Escrituras.

Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó su voz y les dijo: «Judíos y habitantes todos de Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras:

La presentación es extraordinariamente significativa: Pedro y los “Once”, de pie, sin miedo, ante una muchedumbre impresionante. Aunque Pedro es el único que toma la palabra, no lo hace en nombre propio, sino como portavoz de los demás testigos. Al revés que Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 20) que, según las instrucciones de los doctores de la ley, habla sentado, Pedro está de pie, como un orador griego, en un lugar bien destacado. El discurso no va fundamentalmente dirigido a un grupo de gente- tan grande como queramos- reunido por casualidad. Ese auditorio representa a todo el pueblo judío; y a ese Israel, en su globalidad, se dirige la alocución de Pedro

22«Israelitas, escuchad estas palabras:

Aquí resulta más incisiva que en el v. 14, debido al cambio del apelativo “judíos”, de carácter étnico y generalizante, por “israelitas”, más significativo desde el punto de vista de la historia de salvación. *Jesús, el Nazoreo,:* Cuando Pedro les habla del Jesús terrestre, de su destino y de su muerte, no está refiriéndose a algo neutro, sino a sucesos que tocan las relaciones entre Dios y su pueblo.

Al resaltar la intervención de Dios en la vida terrestre de Jesús, se condena duramente la actitud de Israel hacia Jesús, calificándola como desobediencia a Dios. *hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales.* Dios mismo es el que ha “acreditado” a Jesús ante Israel, por medio de signos y prodigios; en definitiva, era Dios el que los realizaba.

El significado auténtico de esas acciones de Jesús radica en su cualidad de signo, con referencia a la fe. Pues bien, esa fe es la que Israel ha rechazado

23a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios:

Esta frase caracteriza la muerte de Jesús como cumplimiento del plan salvífico de Dios. El camino de Jesús hacia la cruz estaba subordinado a una misteriosa “necesidad” sancionada por Dios; significaba el cumplimiento pleno, hasta en los últimos detalles, del plan de
Los vv. 22-23 se limitan a darnos el resumen y la interpretación únicamente de los hechos de la vida de Jesús públicamente constatables por Israel, mientras que silencian por completo el origen de Jesús y la actuación divina en el comienzo de su existencia terrena.

Lo único que se dice es que Jesús fue un “hombre acreditado por Dios”, nada más. Y es que esto es lo único que Israel habría podido constatar. Más aún, esto es lo que cerró sus ojos dando pruebas de su culpabilidad.

24a éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio:

Ahora, en oposición a la infame y antividiva actuación de Israel, entra la acción salvadora de Dios, para manifestar inmediatamente toda su potencia. Tal vez se pueda oír aquí un eco de las palabras de José a sus hermanos: “*Vosotros intentasteis hacerme mal, pero Dios intentaba cambiarlo en bien*” (Gn. 50, 20). En todo caso, la resurrección es aquí, como siempre en la predicación primitiva, un acto que tiene a Dios como único protagonista. “*Librándole de los dolores del Hades= muerte*”. La imagen proviene del AT: “*los lazos del seol me rodeaban, me aguardaban los cepos de la muerte*” (2 SAM 22, 6), quienes no tradujeron correctamente la palabra hebrea “Hebe” que, en plural, puede significar tanto “dolores” como “ataduras”. Difícilmente se puede interpretar aquí la resurrección como un nuevo nacimiento, en el que El Mesías sale de la muerte o del Hades. Lo que sí hay que incluir en la interpretación es la tonalidad escatológica que indudablemente posee la palabra “dolores” en el lenguaje apocalíptico. Las calamidades y los horrores que anunciarán la venida de los tiempos mesiánicos y que serán destruidos con su llegada, se llaman en la tradición sinóptica “Dolores”. “*Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos en diversos lugares, habrá hambre: esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento*” (Mc 13, 8)

Los esfuerzos de la muerte por retener a Jesús son las últimas convulsiones de las potencias contrarias a Dios ante la irrupción de la salvación. Esto es lo más importante para la interpretación: la muerte, personificada mímicamente como el adversario escatológico: “El último enemigo en ser destruido será la Muerte” (1 Cor 15, 26), no puede “retener” a Jesús, sino que tiene que soltarlo para la vida.

25 porque dice de él David: = Veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que está a mi derecha, para que no vacile:

El triunfo sobre la muerte pertenece, por tanto, al plan de Dios. A corroborar esta afirmación viene la cita tomada del Sal 16. En este salmo, un piadoso israelita expresa su ilimitada confianza en Dios ante la amenaza de la muerte. El salmista cifra su esperanza no en que Dios lo vaya a preservar de la necesidad de morir, ni en que le vaya a conceder una resurrección corporal, sino simplemente en que lo mantenga unido a él en estos momentos en los que poderes adversos van minando sus energías.

26 Por eso se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza”

Cuando Lucas hace esta aplicación del salmo a Jesús, indudablemente está pensando, en primer término, en su vida terrestre. Jesús tenía conciencia de vivir continuamente en estrecha relación con Dios. Y esta conciencia no lo abandonó ni en la hora de su muerte. Esta es la línea del pensamiento lucano en su narración de la muerte de Jesús. En esa hora, la conciencia de Jesús permanece diáfaramente clara. Por eso, la última palabra de Jesús, según Lucas, no es un grito en el que confiesa que Dios lo ha abandonado, sino una confiada entrega de su propio ser en manos de Dios: “*y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, = en tus manos pongo mi espíritu» = y, dicho esto, expiró.*” (Lc 23, 46)

27de que no abandonarás mi alma en el Hades ni permitirás que tu santo experimente la corrupción:

Dios ha ratificado esta actitud de Jesús, al no dejarlo en manos de los poderes de la muerte. El significado literal de *Hades* (en hebreo: *seol*) es el lugar de los muertos, el abismo. El Hades, en este pasaje, no es más que una personificación del poder de la muerte: “*el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades*” (Ap 1. 18).

28. Me has hecho conocer caminos de vida, me llenarás de gozo con tu rostro” expresa la vida de Jesús junto a Dios, es decir, tiene como objeto su exaltación.

29«Hermanos, permitidme que os diga con toda libertad cómo el patriarca David murió y fue sepultado y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente:

Viene ahora una argumentación exegética relativamente extensa, dirigida a convencer a los oyentes de que el salmista no pudo tener en realidad otro objetivo que la resurrección de Jesús.

Todos conocen la tumba de David, en la colina sur dentro de las murallas de Jerusalén. Esta imponente construcción sobrevivió a la guerra judía y aún estaba en pie en tiempos de Lucas. La existencia de este sepulcro, donde descansan los restos de David, es una prueba bien patente de que David no ha resucitado. Este hecho nos deja ante una de dos: o David fue un embustero, o no se referiría a sí mismo. Desde luego hay que notar que este dilema es válido únicamente para lectores de cultura helenista, como el mismo Lucas, que conciben la resurrección como una desaparición, es decir, como una entrada corporal en la esfera divina, que se produce inmediatamente después de la muerte. Para los fariseos, que creían en una resurrección corporal que había de tener lugar el día del juicio, la argumentación carece de todo valor probativo.

30Pero como él era profeta y sabía que Dios = le había asegurado = con juramento = que se sentaría en su trono un descendiente de su sangre:

La consecuencia es, por tanto, que David no pudo referirse a sí mismo; más bien pensaba en otro, en un descendiente suyo, concretamente en el futuro rey mesiánico que, según la profecía de Natán, habría de ocupar su trono:” *Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza*”

31...” La cita de la profecía de Natán está tomada del Sal 132, 11:” *Juró Yahveh a David, verdad que no retractará: «El fruto de tu seno asentaré en tu trono*”, probablemente porque en este salmo la promesa está expresada como un juramento hecho por Dios; lo cual subraya fuertemente el carácter de obligación. Según eso, David, basándose en el juramento irrevocable de Dios: “*Cuando Dios hizo la Promesa a Abraham, no teniendo a otro mayor por quien jurar, = juró por sí mismo*” (Heb. 6, 13). “*Por eso Dios, queriendo mostrar más plenamente a los herederos de la Promesa la inmutabilidad de su decisión, interpuso el juramento*” (Heb 6, 17) orientó su mirada profética hacia el camino de Jesús, último descendiente de su dinastía, al escribir un salmo sobre aquel que no iba a ser subyugado por la muerte ni iba a ser víctima de la corrupción.

32A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos:

La proclamación de la resurrección adquiere, a la luz de la Escritura, una nueva dimensión suplementaria: resucitando a Jesús, Dios se mantiene fiel a su juramento, fiel a la promesa hecha a los patriarcas, fiel a sí mismo y a su palabra. En la vida de Jesús y en su relación con Dios alcanzan su objetivo la vida y la relación con Dios de los justos del A.

En este v. 32 se añade un nuevo elemento- en comparación con el v. 24-, la mención de los testigos.

Ya desde los comienzos, la persona del testigo es un elemento esencial e integrante del anuncio de la resurrección: “*que se apareció a Cefas y luego a los Doce*” (1Cor 15, 5) Pero en este momento la función de los testigos adquiere, para Lucas, un significado mucho más preciso y más relevante.

La concepción de Lucas es que la autenticidad del mensaje cristiano y la legitimidad de la Iglesia dependen de su estrecha relación con los que fueron testigos desde el principio. El testigo toma como punto de partida un hecho real que le ha sucedido, pero al mismo tiempo desarrolla el significado y el alcance de ese hecho real.

En este sentido, el testimonio de los discípulos, según el v. 32, consiste no solo en dar credibilidad al hecho de la resurrección de Jesús, sino también en la interpretación que nos dan de ese hecho, por boca de Pedro, el día de Pentecostés. Los discípulos dan fe de que este acontecimiento es una actuación salvífica del único y verdadero Dios, que se ha manifestado en la Escritura como el Dios de Israel. En este testimonio interpretativo radica toda la teología cristiana.

33 exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís: Jesús, exaltado a la derecha de Dios, ha derramado el Espíritu. Lucas considera la resurrección y la exaltación como dos acontecimientos netamente separados. Es claro que, en última instancia, ambos sucesos, en cuanto elementos de una misma actuación salvífica, están íntimamente relacionados. La “*mano derecha*” de Dios es, en lenguaje bíblico, la mano con que ejerce su soberanía. Lo que quiere decir es que Jesús, en virtud de su exaltación, ha recibido una participación en la soberanía de Dios; Dios gobierna ahora por medio de Jesús.

Desde el punto de vista puramente filológico, se podría interpretar el comienzo del v. 33 de una manera distinta, es decir, como dativo instrumental. La “*derecha*” de Dios, en este caso, no el sitio a donde se ha trasladado a Jesús en su exaltación, sino la poderosa actuación de Dios, por medio de la cual Jesús es exaltado. Pero la cita que encontramos en los vv. 34-35: “*Pues David no subió a los Cielos y sin embargo dice: = Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra = = hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies*” va en contra de esta interpretación que, además, no cuadra en el contexto.

Lo que se trata de decir es lo siguiente: el nuevo puesto que Jesús ocupa “*a la derecha de Dios*” crea las condiciones para la efusión del Espíritu, porque ahora ya posee un poder soberano. Claro que tanto en esta efusión del Espíritu como, en general, en el desempeño de su soberanía, Jesús sigue siendo instrumento del Padre.

De manera totalmente distinta concibe el evangelista Juan la unión entre la exaltación de Jesús y la efusión del Espíritu, cuando dice que Jesús, una vez glorificado, derrama sobre los creyentes el Espíritu que proviene del Padre.

La calificación de Dios como “Padre” implica que la situación de Jesús exaltado a su derecha es su condición de “Hijo”

Con esta mención de la efusión del Espíritu, el discurso retorna a su punto de partida. Ahora queda claro en qué consiste y a qué se debe el enigmático fenómeno de la glosolalia. Más aún, lo que los presentes “están viendo y oyendo”, unido al testimonio de los apóstoles y al sentido de la Escritura, es una prueba de que Dios se ha puesto de parte de Jesús y ha cambiado decisivamente su destino.

El estribillo del salmo responsorial es “*Señor me enseñarás el sendero de la vida*” Lo ponemos en busca de Jesús.

La segunda lectura es: 1 de Pedro, 17-21

La atención se centra en la actitud del cristiano: el respeto amoroso y filial para con Dios, “la seriedad” que impone la redención por la sangre de Cristo...

Los cristianos debemos ser santos porque hemos sido rescatados por la sangre de Cristo y llamados al amor fraterno.

17 Y si llamáis Padre:

El cristiano que considera Padre al Juez divino que escudriñará su conducta debe comportarse consecuentemente como un hijo circunspecto y obediente: “*La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!*” (Gál 4, 6).

18 sabiendo que = habéis sido rescatados no con oro o = plata, =: Hay una alusión a Is 52, 3: “*Porque así dice Yahveh: De balde fuisteis vendidos, y sin plata seréis rescatados*”

Sobre el “rescate” como figura de la redención cristiana podemos leer a Rom 3, 24: “*y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús,*”

19 una sangre preciosa de Cristo

: Se expresa así el modo en que se ha realizado la redención: a costa de la vida de Cristo: “*Porque la vida de toda carne es su sangre. Por eso mando a los israelitas: «No comeréis la sangre de ninguna carne, pues la vida de toda carne es su sangre. Quien la coma, será exterminado.»* (Lv 17, 14). Es una afirmación muy expresiva y que nos puede ayudar para comprender la Eucaristía: “*La vida de toda criatura es su sangre*”

Precio muy costoso: “Habéis sido bien comprados Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Cor 6, 20). *Como un cordero sin mancha.* Así se exige que sea un cordero destinado al sacrificio según “*para que os alcance favor, la víctima habrá de ser macho, sin defecto, buey, oveja o cabra.*

No ofrezcáis nada defectuoso, pues no os sería aceptado.” (Lv 22, 19-20). Hay aquí indudablemente una alusión al cordero pascual.

20 predestinado antes de la creación del mundo: El rescate de Cristo formaba parte del plan eterno de salvación decretado por Dios. *Manifestado al fin de los tiempos:* La encarnación de Cristo es el acontecimiento que ha iniciado los tiempos finales:

“Todo esto les acontecía en figura, y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos” (1 Cor 10, 11)

21que le ha resucitado de entre los muertos y le ha dado la gloria,: Lo mismo que Pablo, también Pedro se hace eco de la primitiva creencia de la Iglesia de que el Padre resucitó a Jesús de entre los muertos: “y matasteis al Jefe que lleva a la Vida. Pero Dios le resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello” (Hechos 3, 15)

La gloria (doxa) es la característica esencial de Jesús resucitado: *“Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu.” (2 Cor 3, 18)*

El evangelio es de Lc, 24, 135

La tercera aparición es, en el ciclo A, la de los discípulos de Emaús, de reconocida tradición litúrgica

Mediante una comparación con el relato de la aparición de Jesús a los Once saltan a la vista algunas diferencias: Los dos individuos no son dirigentes de la comunidad, sino que representan a todos los seguidores de Jesús; están turbados y no entienden por qué está ausente Jesús; al principio no reconocen a Jesús; los apóstoles parece que reconocen a Jesús, pero no creen a sus sentidos; después de reconocerle, estos dos hombres no dudan en creer; una vez que lo han reconocido, Jesús desaparece.

Este sencillo y encantador relato ofrece numerosos paralelos con el encuentro del diácono Felipe y el eunuco en el camino de Gaza (Act. 8, 26-40): una ignorancia de las Escrituras; una explicación a partir de la Escritura en el sentido de que Jesús tenía que sufrir; un ruego de que se quede todavía; desaparición repentina. Podemos decir, antes de que esta tradición llegara a Lucas, ya había sido modificada por la liturgia eucarística: se atiene al orden de ésta: una lectura y explicación de las Escrituras y la fracción del pan.

Este relato constituye uno de los testimonios más profundos de la Pascua de Jesús en todo el nuevo testamento. Suponiendo conocida su estructura nos fijamos en el tema del *“encuentro con Jesús “¿Dónde puede realizarse?:*

1) *Jesús no se encuentra en el destino de una guerra santa y victoriosa.*

Los caminantes de Emaús habían confiado en Jesús como profeta y esperaban que sería el caudillo victorioso, el libertador futuro de Israel: *“21 Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó”*. Resurrección significaba para ellos el triunfo militar del pueblo, la victoria de los justos oprimidos, el orden nuevo de justicia y libertad sobre la tierra.

2) *Jesús no sigue en su sepulcro:*

Unas mujeres se acercaron a la tumba y vieron apariciones que decían que Jesús estaba vivo. No eran más que mujeres. Ciertamente, también fueron unos hombres, pero no encontraron nada: *“El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, Y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía.*

Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.» Esto significa que la resurrección de Jesús no se puede interpretar como una vuelta hacia el pasado.

3) *El sentido de Jesús y las escrituras:*

Un caminante se acerca y les dirige su palabra al corazón: el antiguo testamento testimonia que el Mesías debía padecer para llegar hasta su gloria: “*¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?*»

Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” Toda la escritura, con su certeza sobre Dios, su dolor y su esperanza se ha venido a condensar en el camino de la cruz del Cristo. La misma vida humana ha recibido aquí su hondura y su sentido y se revela como tensión de dolor hacia la Pascua. Pues bien, en el sufrimiento del mundo, que ha sido asumido por el hijo de Dios, en el camino de la tierra que padece y se mantiene en la esperanza, ahí está latente la resurrección que se aproxima.

4) *En la fracción del pan:*

Los ojos de los discípulos están muy cerrados. Han escuchado demasiadas razones y nada puede convencerles. Sin embargo, cuando se sientan a comer, cuando reparten el pan con el forastero y el forastero les devuelve el pan con su bendición se abren los ojos: “*Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.*

Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado” Todo lo anterior se ha condensado en este rasgo: Jesús resucitado está en la eucaristía. Evidentemente, está escondido, pues cuando quieren fijar sus ojos y retenerle (asegurarse de su presencia) ya se ha ido. Pero está allí, como vida de los suyos que ilumina la aventura fracasada de Jesús y toda la marcha de la Iglesia.

5) *En los hermanos:*

Lo primero que sorprende en los discípulos de Emaús es la actitud de huida; habían perdido a Jesús y se dispersan; dejan al grupo de los discípulos y vuelven, cada uno, a su mundo viejo, a sus ocupaciones pasadas, como si todo el asunto de Jesús hubiera sido un paréntesis de ilusión y de fracaso en el caminar de sus vidas. Ellos escapan, pero Jesús les sale al encuentro. No les dice nada y, sin embargo, entienden. Tienen que volver con sus hermanos. Su puesto está allí, en la edificación de la nueva comunidad de los discípulos de Jesús, en el testimonio y la misión de lo que saben. Por eso, dejando todo como estaba, apresuradamente, en medio de la noche, toman el camino del regreso: “*Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos*” Han descubierto que Jesús resucitado está allí donde se encuentran los hermanos.

“Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan”

6) *Se ha aparecido a Simón:*

“que decían: « ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» La fe se arraiga en la experiencia de Jesús que cada uno de nosotros realizamos. No podemos dejar que sean otros los que “sientan” por nosotros. Y, sin embargo, hay algo especial en el comienzo de la vida de la Iglesia: es la fe de Pedro,

que ha visto al Señor y fortalece la fe de sus hermanos, excavando los cimientos de la Iglesia. Sin esa fe de Pedro y de los doce, la “aventura” de Jesús hubiera sido vana; el sentido de su vida y de su muerte se hubiera perdido en el pasado, igual que se han perdido tantos grandes gestos de la historia. Pero Dios estaba con Jesús, y Dios mismo ha suscitado la experiencia creyente de los doce (especialmente de Pedro), haciendo así posible que los demás nos encontremos también con la Pascua de Jesús. Por eso, pertenece esencialmente a nuestra Pascua la confesión que dice: “*Ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón*”

Si Cristo ha resucitado; también nosotros resucitaremos.

Oración después de la Comunión: “*Mira, Señor, con bondad a tu pueblo, y ya que has querido renovarlo con estos sacramentos de vida eterna, concédele también la resurrección gloriosa*”

Hemos querido dejar hablar a las lecturas, exponiendo su exégesis. Hemos analizado una parte del discurso de Pedro el día de Pentecostés. Quizá haya sido largo el examen; pero es conveniente saber qué es lo que decimos.

En la segunda lectura hemos acentuado cómo el cristiano, el bautizado, debe vivir. Nunca debe existir incoherencia. Si algunos dicen que esta Carta es una homilía bautismal, ha merecido la pena analizar un poco su significado.

Por último hemos estudiado desde diversos ángulos de visión la aparición de Jesús a los dos discípulos de Emaús. En esta explicación nos hemos apartado de la exégesis para darle más amplitud al contenido global.

Realmente la liturgia de la Palabra del domingo III de Pascua en el ciclo A tiene una gran resonancia pascual: alegría, resurrección.

